

Hoy día 13, mes 18, año 52  
 Mientras haya un venado, ¡salte la palabra!  
 (XXXVIII: 29-34)

“*Savi Janikua Quiahuitl Chac / Para Jallu Ama*” (XXXIX: 2-3):  
 irrumpe la *poiesis* multilingüe, como ofrenda y celebración, atravesando las lenguas, no reconociendo límite a la poesía como traducción, al poeta como intérprete, a las filtraciones del lenguaje. Y es que

La lengua gira hacia el eco de la saliva y no sabe a qué distancia  
 se encuentra la voz  
 (XXXIX: 4)

\*

(A los 43 normalistas indígenas de Ayotzinapa desaparecidos el 26 de septiembre de 2014.)

ENRIQUE FLORES  
 Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Julio Camarena Laucirica, *Cuentos tradicionales recopilados en la provincia de Ciudad Real (II)*, ed. José Manuel Pedrosa, Mercedes Ramírez Soto y Félix Toledano Soto. Ciudad Real: Instituto de Estudios Manchegos, 2012; 573 pp.

Este volumen de *Cuentos tradicionales recopilados en la provincia de Ciudad Real (II)* de Julio Camarena Laucirica nació en unas circunstancias muy particulares y emotivas. Es la continuación del primer volumen que publicó el Instituto de Estudios Manchegos en 1984. Los dos volúmenes suman la que es, posiblemente, la más rica, completa y bien editada colección de cuentos folclóricos que ha visto la luz jamás en España. Es cierto que, antes de él, vieron la luz las magnas colecciones de Aurelio M. Espinosa [padre],

*Cuentos populares españoles recogidos de la tradición oral de España* (1946-1947) y de Aurelio M. Espinosa [hijo], *Cuentos populares de Castilla y León* (1987-1988). Y que después han venido las grandes compilaciones de otros folcloristas, desde los clásicos Marciano Curiel Merchán, Arcadio de Larrea Palacín o Luis Cortés Vázquez hasta los de los folcloristas de hoy: Juan Rodríguez Pastor, José Luis Agúndez, Jesús Suárez López, Antonio Reigosa, Ángel Hernández Fernández, Anselmo Sánchez Ferra y otros. El propio Julio Camarena publicó en 1991 otra colección modélica, la de *Cuentos tradicionales de León*. Pero esta colección manchega es diferente, inigualable: de una riqueza extraordinaria, llena de tipos insólitos, en versiones deslumbrantes, editada con las mejores garantías científicas. Las colecciones de los dos Espinosa, el padre y el hijo, eran también excepcionales, pero su edición no era tan refinada como esta, ya que los Espinosa trabajaron en épocas (entre la década de 1910 y la de 1930) en que lo común era todavía apuntar los cuentos a mano, a falta de medios de grabación técnica; y, por tanto, la edición de sus relatos no tiene el refinamiento etnográfico que tienen los cuentos registrados, editados y estudiados por Camarena Laucirica. La colección de cuentos leoneses del mismo Camarena es también grandiosa, y está hecha con enorme escrúpulo científico: pero es el resultado de expediciones más breves y localizadas, mientras que la provincia de Ciudad Real fue campo de trabajo muy prolongado y privilegiado de Julio Camarena.

Algunos de estos cuentos habían visto ya la luz en un artículo que llevó el título de “Más cuentos tradicionales de la provincia de Ciudad Real”, que firmaron Julio Camarena Laucirica (él a título póstumo) y José Manuel Pedrosa, quien hizo la presentación, en la revista *Culturas Populares* 5, de julio-diciembre 2007. Aquel adelanto ha culminado con esta edición completa, que debemos al empeño de sus tres minuciosos editores, José Manuel Pedrosa, Mercedes Ramírez Soto y Félix Toledano Soto, y a la benemérita labor editorial del Instituto de Estudios Manchegos.

Una cuidada y muy informativa semblanza biográfica, elaborada por el profesor José Manuel Pedrosa, precede a la obra; en ella da cuenta del dilatado y tortuoso proceso de registro y edi-

ción de estos cuentos, en los que Julio Camarena trabajó durante cerca de un cuarto de siglo, aunque no pudiera ver publicado, por desgracia, el segundo volumen. Su trabajo se desarrolló siempre en condiciones no del todo favorables, porque fue un investigador esencialmente autodidacta que no trabajó nunca en el mundo académico, sino en el de la administración del Estado, y “solo en las horas que le quedaban libres, en los fines de semana o en las vacaciones, pudo consagrarse a lo que ninguna persona perteneciente al gremio académico logró realizar con la misma calidad e intensidad que él: a la recolección, la transcripción, la edición y el estudio de cuentos españoles de tradición oral”, según se nos dice en la página 17.

La edición de los cuentos sigue el orden y la secuencia convencional de la ordenación de los catálogos de tipos internacionales (los que siguen el modelo del catálogo de Aarne-Thompson-Uther). Como en el volumen primero había editado los cuentos de animales y los maravillosos, este segundo está dedicado a los religiosos y pedagógicos, los románticos, los del ogro tonto y los jocosos. La gran mayoría de los cuentos se hallan concordados con los del catálogo canónico de Aarne-Thompson-Uther. Todos están rematados por una ficha que describe los datos de cada informante, con su nombre, edad, oficio, etc. Un índice de tipos, unas nutridas notas críticas a cada cuento y una bibliografía extensísima rematan el volumen, que es tan sobresaliente por la calidad de sus textos como por el estudio escrupuloso que Julio Camarena trazó de ellos.

Lo que aportan todos estos relatos es algo que deberá ser valorado por muchos críticos, y de muchas generaciones. Baste decir que es una compilación que se caracteriza por la extensión y la complejidad de los cuentos que engloba y por la maestría verbal que sus narradores pusieron en cada uno de ellos. Destaco, a título de ejemplo, uno, el núm. 465 B, *El desertor*, que es una suma insólita de una serie de subtipos que suelen englobarse en el complejo ATU 1889 (*Münchhausen Tales, Cuentos de Münchhausen*). La versión es de un narrador excepcional, Bartolomé Domínguez Rodríguez, del pequeño pueblo de Las Peralosas, que gustaba de

contar los cuentos en primera persona, como si el protagonista fuera él. Recurso estilístico asombroso, apto solo para artistas verbales consumados. El extracto que voy a reproducir es paralelo insólito de algunas de las famosas narraciones que el escritor alemán Rudolf Erich Raspe integró en *El relato de los viajes maravillosos y de las campañas en Rusia del Barón de Münchhausen* (1785):

...Y me metí luego a colmenero: cogía cera de estas, de las colmenas, así, de las abejas, sin labrar, y la llevaba a laboratorio; en fin, que me metí ahí. A lo primero estuve viviendo, hasta que... la guerra se formó aquí en España, y... estuve viviendo así con eso. El caso es que ya arreo un día y voy para allá. Y ya había andado muchos pueblos y...

—Voy a ver qué tal se pone Ciudad Real, en la venta —fui con las colmenas y la cera—. Voy a ver.

El caso es que pasé por *aonde* yo me vine, y pasé para allá. Y siento:

—¡Pa! ¡Pa! ¡Pa! —venga a tirarme tiros, venga a tirarme tiros.

Ya me di cuenta que es que me estaban buscando todavía, allí. Le meto espuelas al caballo. Sale el caballo corriendo: derecho a Guadiana. Y, al llegar al agua, se queda así, el caballo, así con las manos, y... y más que venga a beber agua, y venga a beber agua, ¡y dejaba el río seco y no se hartaba! Y, claro, ya me di cuenta: miro así p' atrás, ¿y qué era? Que habían *cortao*... habían *cortao* la *metá* el caballo, la habían cortao por atrás a tiros. Y bebía, el animalito, por la boca, pero se le salía por atrás.

Pero, como llevaba cera, pues no me asusté: arree y le pegué con la cera. Como la cera sale de la jara, del romero y de eso, en la pega de la cera le salió un jaral, ¡ahí un romeral, de miedo! Como llevaba semillas, se conoce, de eso...

Bueno, pues ya digo:

—Voy a echar un viaje y... Y llevaba yo una escopeta de estas que se cargan por la boca, y siempre en el caballo. Yo guisaba ya... como llevaba leña allí, en la pega aquella, pues yo guisaba en lo alto del caballo y *tóo*. Y llevaba una escopetilla, de estas que se cargan así por la boca. Y veo un *venaio* ahí, al pasar por La Toledana,

ahí por la Toledana o por ahí, veo un *venao* que viene derecho a mí. ¡Arreo con la escopeta...! Digo:

—¡Anda! —porque entonces llevaba yo los plomos en un... en un cuerno se llevaban los plomos, y se llevaba la pólvora. Pero echo mano a los plomos y no tengo. Y *me se vino* a la esta [gesto: el narrador se señala la cabeza] que llevaba unos albaricoques. —Digo— pues le meto a la escopeta tres o cuatro chochos. Y le metí tres o cuatro chochos a la escopeta y le tiré un tiro. Vamos a poner: como de aquí a la gallina [gesto: el narrador cubre con un gesto la distancia que le separa de una gallina que picoteaba suelta por la calle a unos metros], o cosa así. ¡Y sale el *venao*...! Salió corriendo: el *venao* salió corriendo bien. En fin, que se fue el *venao*, pero no...

Y ya... pues ya pasó un año u dos, pasaron. Cuando vuelvo otra vez por allí y veo un árbol que viene derecho a mí: un árbol así, ¡tan *coloraíto*! Y, claro, pues le tiré otro tiro, al *tamareo* de que... según iba corriendo. Era el *venao*, que le tiré el tiro, se le metió entre cuero y carne y le salió un albarillo. Y, cuando yo volví, tenía el árbol ya tan *coloraíto*. Pero yo cogí pocos: llené las *aguaeras* bien, sí.

Bueno; pues luego ya eché... ¡Esa es la *nevá* que conocí yo más grande, en *toa* mi vida! Esa es la *nevá* más grande que conocí yo. Ya me metí más *alante*, de ahí de la parte de los Montes, me metí *p'* allá. Y se enredó a nevar, y venga a nevar, y venga a nevar... Y ya, tanto nevaba que, en fin, ya me se hizo de noche. Pero, como el caballo no se aturdía, digo:

—Pues voy a seguir.

Y ya, ya bien de noche, ya oscuro oscuro, pues veo que asoma así un cacho... Un cacho tangalón, así, *por cima* de la nieve. Digo:

—Pues aquí ato el caballo. Y como llevo leña aquí —digo—, pues apaño un poco de comer y... Y me echo —como yo me echaba así a un *lao* del caballo—: me echo.

Conque ya me eché allí y... Y, claro, en *metá* la noche se enreda a llover: en lugar de nevar, llover. Pues la nieve se desnevo: vamos, se deshelo, con el agua: se derritió. Y yo sentí por la mañana: ¡tan tan, tan tan, tan tan! Digo:

—¡Anda! —yo me había *arropao* la cabeza y *to*. Digo: —¡Anda, pues estoy cerca de un pueblo!

Y ya me desarropo la cabeza, y miro y está el caballo... en el pararrayos de la torre estaba *atao*. Y es que, claro, era el tangalón

que asomaba por cima de la nieve; estaba *atao*. Y yo estaba en medio la plaza: había *bajao* la nieve y yo estaba *acostao* en medio la plaza.

¡Pues no me apuré! Como llevaba la escopeta, arreeé y le tiré un tiro a las bridas, cayó el caballo *dende* allí... Al tanganiillo ese que tiene el cura más abajo que la torre, y *dende* allí cayó al suelo, y le cogí y ya me vine ya *p'* acá otra vez.

Esa fue la nevada más grande que he conocido yo.

Joyas tan excepcionales como esta abundan dentro de este segundo volumen de los *Cuentos tradicionales recopilados en la provincia de Ciudad Real* de Julio Camarena Laucirica. Ante ellos solo cabe rendir un homenaje de admiración, una vez más, a aquel hombre y aquel estudioso tan comprometido, sabio y generoso, sin cuya labor nuestro país, y el mundo, hubieran perdido un patrimonio literario y cultural irremplazable.

SOFÍA GONZÁLEZ GÓMEZ  
Universidad de Alcalá

Carlos Pereda Roig, *Coplas de la región de Yebala (Norte de Marruecos)*, presentación, estudio, notas, glosario y bibliografía de Francisco Moscoso García. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2014; 367 pp.

La indagación acerca de las raíces europeas o africanas de la lírica tradicional de la península ibérica ha ocupado un espacio muy relevante en el campo de los estudios, discusiones y hasta controversias de los críticos más ilustres de la poesía medieval española, desde el siglo XIX hasta hoy. Fue asunto que interesó de manera singularísima a don Ramón Menéndez Pidal y a la pléyade de grandes romanistas y arabistas europeos contemporáneos suyos; que después experimentó un auge inusitado cuando a mediados del siglo XX irrumpieron las jarchas mozárabes en el